

RESEÑA Y PRESENTACIÓN DEL LIBRO “SOBRE LA MENTE” DE CALEB OLVERA ROMERO

Rodrigo Antonio
Ramírez Roa

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Deleuze dijo muchas cosas que no comprendo. Una cosa que sí comprendo es que necesitamos seguridad, y por eso damos explicaciones. Deleuze nos decía que necesitamos entender el mundo para sentirnos seguros. Un poco de paz en el caos.

“Sólo pedimos un poco de orden para protegernos del caos. No hay cosa que resulte más dolorosa, más angustiante, que un pensamiento que se escapa de sí mismo, que las ideas que huyen, que desaparecen apenas esbozadas, roídas ya por el olvido o precipitadas en otras ideas que tampoco dominamos”.¹

El libro que presentamos en esta ocasión nos recuerda que existe un caos primigenio en nuestras explicaciones acerca del mundo y los fenómenos de este. En concreto, el libro nos habla acerca de la mente. Tratamos de entender lo mental, pero siempre a través de metáforas que no permiten dilucidar el problema. “Incesantemente extraviamos nuestras ideas. Por este motivo nos empeñamos tanto en agarrarnos a opiniones establecidas”.²

1 Deleuze & Guattari, F., ¿Qué es la filosofía?, Anagrama, Barcelona, 2001, pág. 202.

2 *Idem.*



La sospecha de que se trata de un problema ficticio es fuerte. El autor nos recuerda: explicar algo es “sujetar los eventos a las leyes que los rigen mostrando las causas que los generan”.³ Explicar es, etimológicamente, desenrollar algo plegado. El autor hace bien en desenrollar la maraña terminológica para dejarnos ver claramente que la mente está asociada con lo inmaterial y con lo inexplicable que nos resulta decir que hacemos las cosas.

El libro nos explica de forma grandiosa el origen de nuestra concepción de la mente.

En un pasaje del apartado “Ontología de la mente” el autor nos refiere el siguiente caso:

“Un niño entra corriendo en su cuarto donde su papá cuida el sueño de su hermanito. El niño pregunta, ¿a dónde se le va ir el sueño? Y el papá contesta: “Al país de los sueños”. Este simple relato ilustra cómo inventamos entes inexistentes, y sólo para seguir con la broma podemos decir que luego el niño preguntará, ¿Qué hace el sueño, allá en el país de los sueños? A lo que el papá responde, que si fue un buen sueño se la pasa bien y es recompensado, pero que si fue un mal sueño, será castigado. El niño, llevando las cosas más allá, preguntará, ¿quién castiga o premia a los sueños? Para responder, el padre se verá obligado a seguir inventando entidades inexistentes, con particularidades que de ningún modo les son propias”.⁴

En la explicación anterior encontramos, valga la redundancia, una estructura explicativa. El país de los sueños tiene coherencia en tanto las cosas acaecen de forma verosímil en él. Por lo regular, las historias inventadas en la literatura o el cine nos parecen buenas cuando su elaboración es coherente dentro de su mundo de ficción: no nos molesta encontrar robots peleando junto a magos en un mundo de ficción que lo permite. Pero nos parecería absurdo encontrar vaqueros con viajeros intergalácticos si, de repente, en el relato rural, cae una nave espacial. Puede que ensamblen perfectamente, pero el punto aquí es la coherencia de la aparente explicación. Sucede de forma parecida con el problema de la mente: hemos puesto causas y orígenes de esas causas donde, probablemente, no se encuentran.

Es un gran acierto dejar de lado explicaciones aventuradas al hablar de fenómenos que desconocemos mucho. Me parece un ejercicio de humildad intelectual decir “no sé cómo funciona” o “no lo puedo explicar aún”, y no lanzar una explicación coherente pero sin muchos fundamentos o forzar la explicación al inventar entes que resuelvan la cuestión.

El libro es contundente al decir que nuestro lenguaje acerca de la mente está lleno de metáforas vacías que, más que explicar el problema, lo cubren o profundizan. De ahí la sospecha de que, quizá, no se trata más que de un malentendido lingüístico. A partir del estado de cosas pre-

3 Olvera Romero, C., *Sobre la mente, Laberinto*, Aguascalientes, 2016, pág. 74.

4 *Ibidem*, p. 80.



sentado por el libro, apoyo completamente la tesis: es falso que “somos un pequeño hombrecillo dentro del cerebro”.⁵

Una de las metáforas más llamativas para explicar la mente es relacionarla con la idea de libertad. La mente parece ser un fenómeno relacionado con la libertad, y la libertad está asumida como fuera de las leyes causales. Por ello tenemos un problema.

El libro sugiere una conexión implícita de la idea de mente con la idea de libertad. La libertad se asocia a ideas como el deseo, actitud, creencia, etc. Estos elementos son ajenos a los determinantes causales. Si no existe una determinación causal de la libertad, entonces la mente podría producir todo tipo de cambios en el mundo de forma arbitraria, es decir, no determinada, por no ser material o física. De esa manera salvamos el concepto de libertad y la dignidad del ser humano como un ser autónomo, que puede tomar la existencia en sus espaldas y ser responsable de sus actos. Los términos están relacionados: la mente, ese privilegio humano, nos da la libertad, la indeterminación de nuestras decisiones y actos conforme a nuestros deseos, necesidades y valores. Reforzamos nuestra voluntad en aquello que consideramos valioso para no apartar nuestro camino de ello y lograr los objetivos que compartimos con otras personas.

Pero, si quitamos esta pequeña parte que es la mente, la pieza que está fuera de este mundo, eliminamos la libertad y, con ello, nuestra capacidad de hacernos responsables de nuestra existencia. Esto al entender la libertad como una coartada para explicar aquello que no somos capaces de reducir a leyes, como es el caso de nuestra conducta.

El planteamiento del libro es muy interesante, en tanto que no sólo nos dice que no sabemos cuáles son las leyes que rigen la mente, sino que probablemente no podemos encontrar tales leyes porque el objeto de estudio es inexistente.

Siguiendo a nuestro autor, este tipo de explicación (explicar la mente por la libertad, y esta por la voluntad y no por la causación) es errónea. Si esto es así, puede que no tengamos que definir a la libertad como la falta de determinación, sino la capacidad para realizar. Y así la libertad no sería algo no causado, sino un predicado de las acciones que se realizan sin obstáculos, acciones que tienen un fin determinado y que son realizadas sin dificultades, mas no acciones indeterminadas o carentes de causas.

El libro nos explica de forma grandiosa el origen de nuestra concepción de la mente. Explicar es, etimológicamente, desenrollar algo plegado. El autor hace bien en desenrollar la maraña terminológica para dejarnos ver claramente que la mente está asociada con lo inmaterial y lo inexplicable que nos resulta decir que hacemos las cosas.

⁵ *Ibidem*, p. 12.



¿Cuál ha sido el lenguaje de lo mental? Todo empieza con los hindúes, los griegos y los egipcios. Ellos relacionaban la vida con la respiración: palabras como alma o espíritu nos recuerdan esta relación antigua del problema de la mente con sus metáforas.

Existen también las metáforas que nos llevan a pensar la mente como un contenedor: señalamos con nuestro dedo índice nuestra cabeza y decimos “no te puedo sacar de mi mente”. Si la mente es un proceso, “no puede contener cosas, no puede haber un adentro y un afuera de la mente”.

Otro grupo de metáforas refieren a la mente como perteneciente a un sujeto. Si la condición de pertenencia es la propiedad, y la propiedad tiene como característica poder transferirse, al no poder transferir la mente, no es válido sostener que “te tengo en *mi* mente”.

Una de las metáforas más persistentes para explicar la mente es equipararla con el yo. Ríos de tinta han corrido acerca del tema del yo y la identidad personal. Nuestro autor nos recuerda que basar la idea de mente en el yo es volver al problema del homúnculo, el pequeño hombrecillo que habita nuestra mente. Esta metáfora, señala el autor, es equiparable a Mazinger Z: un robot gigante controlado desde el interior por otra persona.

Presentadas así las metáforas de la mente, Olvera hace el obligado recorrido hacia la historia de las concepciones de la mente. Pasando por Platón, Descartes,

Skinner, Wittgenstein y Wallon, llegamos a la concepción que parece haber consolidado el pensamiento contemporáneo acerca de la mente: el emergentismo. Existen muchos tipos de emergentismo. Los acoplados bajo este término en nuestro libro en cuestión son aquellos que creen que la mente es un estado emergente del cerebro y que esta mente adquiere autonomía y evoluciona de forma independiente. He ahí el hilo de la historia de la mente a través del pensamiento: lo mental se relaciona con un lenguaje dualista que contrapone la materia a lo inmaterial. Por ello, nos recuerda nuestro autor: “la imposibilidad de reducir lo complejo, lo emergente, a lo básico y simple genera la misma idea de dualismo que hasta hoy en día no ha mostrado que sea un buen camino explicatorio”.⁶

En el capítulo final se plantean un par de interrogantes que reabren el problema de lo mental: ¿podemos construir mentes artificiales inteligentes que cuestionen su existencia, tengan conflictos morales, se emocionen, tengan espiritualidad o no sólo utilicen signos, sino símbolos? Después de haber sobrepasado el test de la máquina de Turing, la línea entre las máquinas y los seres humanos no parece ser una cuestión técnica de objetos, sino de interrogaciones reflexivas en torno a lo que puede acontecer a estos nuevos entes.

6 *Ibidem*, p. 74.

↑

Por último, quisiera resaltar que el libro cumple a cabalidad uno de sus propósitos: presentar las deficiencias de la idea de mente “y advertir que en ciertos círculos especializados es oportuno afinar el lenguaje, para no terminar persiguiendo entes inexistentes o en callejones sin salida, por no aplicarse en encontrar la puerta correcta”.⁷ No se trata de reformar el lenguaje a tal grado de que dejemos de utilizar la palabra: esta se encuentra en el habla cotidiana, y hasta en la (así llamada por el autor) psicología folk. El propósito es señalar ese olvido del uso de una metáfora, para no reificar explicaciones de fenómenos poco comprendidos.

Sin duda, el libro no solo es pertinente para filósofos, sino para público especializado relacionado con el tema.

Bibliografía

Deleuze, G., & Guattari, F. *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 2001.

Olvera Romero, C., *Sobre la mente*. Aguascalientes, Laberinto, 2016.

⁷ *Ibidem*, p. 12.